

ACTIVIDADES ACADEMICAS

Palabras del Dr. Raúl Fournier Villada, Expresidente de la Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne de recepción de los nuevos académicos, celebrada el día 15 de junio de 1966

HACE TREINTA años un grupo de hombres que iniciaban la madurez, llamó a las puertas de una Institución: la Academia de Medicina. Yo era uno de ellos. La emoción que sentimos al estar en su seno podía compararse, magnificada, a la de aquel momento en que un jurado nos consideró aptos para ejercer la profesión médica. ¿Entendíamos entonces lo que era la Academia de Medicina? Juzgando ahora mi pensamiento de aquella época, puedo decir que no. No entendía lo que representaba para mí, verme rodeado de quienes habían sido mis maestros, alternar con ellos y discutir los problemas que semanalmente se presentaban. Ahora que mi madurez termina para dejar paso a la ancianidad, esa edad gloriosa, tan temida por uno, como respetada por los otros, sí creo que entiendo lo que es nuestra Academia, y es lo que vengo a decirlos a vosotros que iniciáis la madurez en el preciso momento en que ella os recibe.

La Academia es una fraternidad de hombres unidos por intereses comunes: tratar de comprender al hombre cuando enferma; conocer y prevenir sus males; buscar los medios para restablecer su salud; averiguar las funciones de su organismo cuando está sano y considerar a sus compañeros del universo, los animales ya como enfermos o como transmisores de padecimientos.

La observación racional de los fenómenos exteriores e interiores de la vida requiere una estricta ética y una postura intelectual bien definida. La Academia de Medicina no debe ser tomada como una sociedad médica especializada, ni como un lugar donde se digan cosas simples propias de un curso elemental. La postura académica requiere tono, medida y continencia que si alguna vez hemos perdido, no quiere decir que deba hacerse costumbre de ello, pues su conservación representa el espíritu clásico que debe campea en nuestra Institución.

Los hombres que pertenecen a este grupo, tienen las más diversas procedencias; cada quien obra usando el derecho humano de la libertad de acción, de pensamiento y de expresión. La Academia se debilitaría si estuviese al servicio exclusivo de otra institución por prestigiada que fuese; su equilibrio le permite no tan sólo aceptar sino a invitar a pertenecer a ella a los representantes idóneos de todos los grupos y a hombres que no están incluidos en ninguno. La parte mortal de la Academia, como es natural, cambia con el tiempo, pero su espíritu invencible e inmortal le ha permitido evolucionar haciéndose cada vez más moderna y más útil.

He comprendido, con el tiempo, lo difícil que es conservar la personalidad dentro de un grupo académico. Darle calor y vida a un trabajo y alejarlo al mismo tiempo de la subjetividad, representa un esfuerzo considerable, y si no se hace de esa manera resulta impersonal y desabrido a fuerza de riguroso. Hay cosas, sin embargo, que deben, por su naturaleza misma, ser impersonales y rigurosas; por eso un buen trabajo académico está siempre a la altura del arte... los demás, son simplemente trabajos.

Os invito, nuevos académicos, a que abandonéis el tono de las sociedades especializadas, ya que entráis al seno de una nueva —para ustedes, pero vieja por sus años de vida— sociedad y, con ello, aceptad la compañía de hombres adiestrados en diversas disciplinas. Cuando pienso en las diferencias entre las otras sociedades y la Academia de Medicina, recuerdo a Platón: “los sentidos sólo perciben lo que pasa; el entendimiento lo que permanece”, dicho de otra manera por Kant: “los sentidos sólo nos dan la materia del conocimiento, mientras que, por el contrario, el entendimiento nos da la forma” y, en el caso, lo permanente y la forma nos los da la Academia.

Nada envejece más rápidamente que las verdades de la medicina. Provisionales las unas y permanentes las otras, siempre hay que sacudirlas para quitarles el polvo de los años. Así, cuando leáis los impresos en nuestra Gaceta, limpiadlos con cuidado, extraed sus verdades; tal vez en vuestras manos esos viejos trabajos sirvan de punto de partida a nuevas investigaciones, ya que en la medicina todo está por descubrirse o redescubrirse; no olvidéis la recomendación de Herodoto: “Recomenzar siempre”.

En suma, si ustedes se honran con entrar a las intimidades de este recinto médico los viejos nos sentimos contentos de saber que el eslabón no se pierde, que la vida continúa su eterna carrera y que en esta ocasión, hombres de alto valer vienen a reemplazar a quienes ya nos vamos.